

CAPITULO GIII.

De el gran premio y paga que el rey Moctezuma dió á los canteros que labraron su figura en Chapultepec, y de las cosas que pasaba en su real casa con los enanos y corcobados y de la gran tristeza que tenia.

Luego que tornó á Chapultepec *Moctezuma*, llevó consigo á los canteros, y visto otra vez su figura no se hartaba de llorar: tornó á hablar á los canteros y díjoles: padres y abuelos míos, mucho quisiera que le labráredes un aposento sin puertas, muy bien labrado, con algunas cosas que á vuestras memorias viniesen de antigüedad, pues está mirando frontero del Oriente. Dijeron los canteros: señor, haremos todo nuestro posible á ello: y así se tornó con los canteros á México y con todos los principales mexicanos, bien desconsolado y triste: luego que llegó hizo llamar á *Pellacatl* mayordomo, y dijo: dadles el tributo que traen de la *Huasteca*, mantas delgadas finas, de á cuatro brazas y de á diez brazas, y á cada un cantero repartidle dos cargas de cacao: y díjole: llamadme acá al mayordomo de *Tuchpan*, y traedme acá los esclavos cautivos que teneis á vuestro cargo y los que tiene el mayordomo de *Xiuhcoacatl*. Venidos los esclavos ante él, llamaron á los canteros y albañiles y díjoles: catad aquí el premio de vuestro trabajo; y dióles á dos esclavos para que les trajesen leña y maíz de sus camellones que labraban; también les hizo dar otra carga de mantas á cada uno, con una carga de cacao más, de lo dado, por el trabajo de treinta dias; y mandóles que sobre todo les hiciesen buen tratamiento, vestidos

y hartos, y les dió más á cada uno una carga de pepita y un fardo de chile, y seis tinajas blancas, y á dos pilones de sal blanca, y díjoles: id con Dios á vuestras casas á descansar. Comenzaron los catorce canteros á llorar de ver la gran magnificencia y largueza de príncipe tan valeroso como éste era, más que todos los reyes pasados, y conforme era magnífico en larguezas y mercedes, era bravo y cruel con el enemigo, y mucho más cuando en una persona hallaba media tilde, de haber errado contra él ó contra la república, porque luego al instante moria por ello: mandó en sus leyes más aventajadamente que los otros reyes, que al que lo hallasen ó cogiesen en una mentira de poca importancia, lo arrastrasen los mozos del estudio *Telpochcalco* hasta dejarlo casi muerto. El que hurtaba, era luego cañabereado con cañas atestadas de arena y poníanlo en una canoa, y desde léjos le tiraban tantas varas que le aboyaban la cabeza y cuerpo: al adúltero que se le averiguaba el delito, lo apedreaban, con otras cosas tocantes á los principales que lo tal cometian: tenían sus sentencias muy crueles que no la de las gentes comunes. Iba cada semana á visitar su figura á Chapultepec, que le adornaron los canteros y albañiles el aposento alto muy bien labrado, y tomaba tanta tristeza que lloraba, y revolviendo pensamientos no entendia de morir y decia á los enanos y corcobados: vamos, hijos, por ahí adelante. Respondian: señor, como tú quisieres y tu voluntad más fuere, irémos contigo. Deciales: pues sea norabuena, buscad á dónde vamos. Pasados algunos dias subióse el rey *Moctezuma* á una azotea alta de su palacio, y mirando á todas partes vido hácia la parte de Tezcucó una nube blanca que subia hácia el cielo: estívola mirando, y lo que significó fué, que estando arando un indio en el cerrillo de Coatepec, vino una águila y sin sentirlo ni verlo el indio, le asió de los cabellos y lo llevó encima de un cerro alto, y repentinamente lo metió en una sala, la mejor que jamas habia visto, y no vió á la propia águila, sino un principal gran señor, y díjole: ven acá, no tengas temor; toma esta rosa y este perfumador, huélgate, pero mira cuál está aquí tendido *Moctezuma* borracho perdido, y no sabe de sí, hiérele en un muslo, mira que te tornó á decir que le hieras, no aprovecha, hiérele, que no sabe de sí: entonces le hirió en un muslo, récio. Dijo el principal: ¿vés como no tiene sentido, de borracho perdido que está? Pues no siente el fuego con que le quemaste, pues vé ahora al mundo y dilelo que te dije de que le hirieras en su muslo, y dile que cese ya lo que ahora está haciendo, que ya es acabado su término, que él lo buscó por sus manos, que tal prisa dió á su voluntad y deseo, ¿has entendido? Luego habló el miserable indio y díjole: señor mío muy esclarecido, que me hiciste digno de tan glorioso misterio y milagro, no siendo yo digno de ello, ya voy y le contaré lo que me tienes mandado: y así luego le arrebató el águila y lo llevó á la propia parte que él araba, con su rosa y perfumador, y díjole: mira, no olvides lo que te tengo dicho; dile lo que te dijo el rey que viste, y mira que vayas luego derecho allá á México, y cuéntaselo al propio *Moctezuma*. Respondióle: ya voy luego derecho allá: y fuése. Luego tomó el camino á toda prisa llevando en la mano la rosa y perfumadero apagado. Entró luego de rondón sin hablar á nadie y díjole: grande y poderoso rey, hijo y nieto nuestro tan querido, escuchad con atención lo que me ha sucedido: soy natural de *Coatepec* en *Tezcucó*: estando arando en mi sementera, repentinamente me arreba-

tó una águila de los cabellos, y luego me llevó muy alto á un monte, y repentinamente me llevó á un solemne y mejor palacio que entendimiento humano puede pensar, y hallé asentado á un valeroso rey, y le saludé con muy gran reverencia diciéndole: muy alto y esclarecido rey, esteis mucho de norabuena: díjome: ven acá, *Mazehual*, ¿veis ahí á *Moctezuma* tendido, borracho perdido? Porque está aquí y no está ya en México; toma esta rosa y este perfumador, hiérole en un muslo que no lo sentirá, que está muy perdido de borracho su corazón y todo su cuerpo. Tornóme á decir: ¿no entiendes lo que te digo? Hiérole en el muslo con el fuego de ese perfumador: no osando yo á hacerlo me dijo: ¿no quieres, *Mazehual*, obedecerme? Luego, visto esto, le herí al bulto en el muslo con el perfumador por la parte del fuego, y díjome: ¿pues tú no ves que ya no siente de borracho perdido que está? Anda vete ahora; tórnate á llevar el águila y vé derecho á México, cuéntale á *Moctezuma* la embajada que te tengo dicho: y cata aquí traigo el perfumador por fé de mi creencia ser verdadera. Luego llamó *Moctezuma* á *Pellacacatl* y díjole: llevad á ese borracho, y apedreado muera luego, ó dejadlo encerrado en una tapia hasta que muera. Después que lo hubo dejado llamó á *Pellacacatl* y díjole: oidme, como á media noche me comenzó á doler este muslo que parecía que me lo abrasaban, y ahora me duele y este bellaco me trajo esta nueva, debe ser algun encantador ó embaidor, muera allí, que si es de alguien enviado, sea quien quisiere; y desde entónces no salía á su real sala, y fuése adonde había sido criado y nacido en *Aticpac* por el dolor del muslo. Hizo llamar á todos los mayordomos y díjoles: buscadme remedio que me muero de dolor del muslo, que parece que se me abrasa: los mayordomos le trajeron luego una raíz y las mujeres de *Moctezuma* le curaron, y dentro de cuatro dias sanó y se fué al palacio, no dejando siempre de tener gran pena de el pensamiento que le había dado de la figura de la piedra (1) y llamó una vez á todos los enanos y corcobados *yojolome tuzo-*

(1) Preocuparse el hombre con sueños, es cosa que ha acontecido, que acontece y acontecerá, mientras la humanidad dure. Según el grado de cultura, según las creencias, conforme á las costumbres, los sueños parecen una revelación del mundo de los fantasmas, y cuando algo extraordinario se sueña en relación con los acontecimientos de la vida, nada más natural que tomar aquellas visiones por avisos ó presagios comunicados por los espíritus. La descifración de los sueños ocupó mucho á los filósofos antiguos, quienes al estudiarlos cuidadosamente, consignaron multitud de reglas para su descifración é inteligencia. Si achaque de pueblos antiguos y modernos ha sido, también lo fué y es de los pueblos salvajes y aun de los civilizados. En cuanto á prodigios de águilas, oigamos lo que nos dice el Sr. D. Fernando Ramirez en una nota al P. Durán, tomo I, página 516:

«Este es un rapto como el de *Ganimedes*, trasportado también por un águila á las regiones celestes, aunque no con igual comodidad ni intentos. El hermoso frigio iba caballero en el ave sagrada, mientras que al pobre indio lo llevaban entre las garras. (Sueton. in *Domitiano* cap. VI). Así también otra se llevó la cabeza del gobernador de la alta Germania, vencido por Domiciano (Sueton. in *Domitiano*, cap. VI); y una tercera el gorro ó sombrero (*pileus*) de *Diadumenus*, que pronosticaba la muerte de

nes, sus criados, y díjoles: hijos, ya he hallado á dónde habemos de ir, y todos vosotros conmigo que es en *Cinacalco*, y hemos de estar en compañía de el que andaba ya muchos años há en Tula, que nos trajo aquí, que se llama *Huemac*, y si allá entramos jamas moriremos, sino vivir para siempre, á donde hay cuantos géneros de comida hay en el mundo, bebidas y todo género de rosas, y todo género de árboles frutales, porque todos los moradores que allá están, se hallan los más contentos del mundo, y el rey de ellos, que es el *Huemac*, está el más ufano y contento del mundo; allá hemos de ir y estar en su compañía: los corcobados estaban muy contentos y alegres, y le rogaban que el gran dios *Huitzilopochtli* se lo pagase, por la gran voluntad y alegría con que los quería llevar á *Cinacalco*, ó por mejor decir, al infierno derechos. Comenzó á buscar los mejores nigrománticos que se hallasen, y vístoles, díjéronle: ¿qué nos mandas, señor nuestro? Dijo *Moctezuma*: que vais á una embajada que os enviaré; pero aguardad, llevareis un presente. Hizo venir á todos los principales, y envió á hacer traer mucha suma de vino blanco y se embriagó con ellos: hizo luego que á cuatro de los cautivos sacrificasen al ídolo *Huitzilopochtli*; hecho esto mandó que los desollasen, que eran menester los cueros de ellos, y así fué hecho. Díjoles: id á la parte que llaman *Cinacalco*, y de mi parte le besarais las manos al rey *Huemac*.

su padre y su propia elevación al trono de los césares. (Lampridius. in *Diadum*, cap. IV.)»

Requerdo del rapto singular del *mazehual* de Coatepec, subsiste aun á la vista de todos en el relieve que se encuentra en la esquina exterior del templo de San Hipólito. Hablando de este monumento, dice el Sr. D. Fernando Ramirez lo siguiente:

«La fortuna es voluble, y aunque el águila mexicana pudo ya considerarse absuelta del anatema que en el siglo anterior le fulminó el Sr. Palafox, y en los sucesivos continuara formando, con privilegio y permiso del virey, el escudo de la "Gaceta" del padre Sahagun y Arévalo, parece que en el año de 1739 recibió un rudo golpe, cuyo recuerdo se conserva hasta hoy en el ángulo del átrio de San Hipólito. Allí se vé, en alto relieve, un indio rodeado de antiguos trofeos militares, volando por los aires y demostrando la más profunda afición, prendido por las garras de un águila.

«En este año se concluyó la reedificación de aquel templo, á expensas del ayuntamiento, y no puede dudarse que el intento de este emblema, aparentemente absurdo y caprichoso, fuera el de inspirar á los indígenas horror por su ave favorita, en la que el escultor quiso, ciertamente, simbolizar al "demonio." El pensamiento fué ingenioso y la elección del lugar acertada, pues allí se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, la conmemoración de la conquista de la ciudad, con la fiesta cívica llamada del "Pendon." [Diccionario Universal de Historia y Geografía, art. "Armas de México.]"

Si el ayuntamiento de aquella época tuvo la idea de representar al demonio en el águila, no consiguió en manera alguna su objeto y se dejó engañar torpemente por los canteros indios, quienes en lugar de esculpir un simbolismo absurdo, dejaron á la posteridad el recuerdo de uno de los prodigios de su historia, representando, lo repetimos el rapto del *mazehual* de Coatepec.